

SECCIÓN DE NECROLOGÍAS

LA BELLA DORITA: DE LA CALLE LAS LISAS EN CUEVAS A ESTRELLA DEL PARALELO

MANUEL LEÓN GONZÁLEZ
Periodista

Quien le iba a decir a Diego García Rojas *el picón*, terrateniente de la plata de Almagre-ra que una nieta suya, hija de su hija Antonia, iba a ser el querubín más deseado por tres generaciones de tunantes, parranderos estudiantes, menestrales, acólitos del Paralelo y solterones burgueses llegados de provincia con ganas de olvidar la hacienda. María Yáñez encandiló, durante cuarenta años, a un público que se rindió a sus pies, desde que la vio surgir con sus ojos negros, su pelo enmarañado y su cintura de sílfide por entre los bastidores del *Pompeya*. Tenía 17 años, y atrás dejaba tres años de hambre viva en la calle de Las Lisas de Cuevas del Almanzora, por culpa de las inundaciones de las minas del *barranco Jaroso*.

Por eso le costó tanto volver a su pueblo, cuando en la década de los setenta, ya retirada de las bambalinas y convertida en leyenda viva del espectáculo, volvió por unos días a la terrera del Almanzora. Pisó de nuevo sus calles, a las mismas que juramentó que jamás regresaría. Del brazo de su madre recorrió San Antón, donde enredaba de mocosa con su prima Dolores. Se acordó de los Soleres, los patronos de su padre Ramón Yáñez, un comerciante natural de Huétor-Santillán, que penó en prisión por exponer sus ideas más de la cuenta. Y no regresó de nuevo a su ciudad adoptiva sin tocar antes la pila de mármol donde la bautizaron un domingo de primavera de 1.901 y sin hacer un donativo a la Parroquia para el nuevo camarín de la Virgen. Ella, la cabaretera del Molino, que tanta sotana escandalizó en los años del Nacional-Catolicismo, auxiliaba, con sus durillos amartillados a golpe de descaró, a sufragar el ajuar mariano.

Una mañana lluviosa de 1913, con el barro hasta los tobillos, la que fue en otro tiempo una de las familias más prósperas del valle, embaló todo su menaje en cuatro maletas de cartón y un baúl y acurrucados en un carromato tirado por dos mulas enfilaron el camino de levante rumbo

a Águilas, muelle desde donde embarcaron hacia Barcelona, la ciudad emparentada en aquella época con la tierra de promisión.

El pasaje familiar en el destartado falucho lo componían la madre de María, su abuela Margarita, un hermanastro de su madre y cinco hermanos, los supervivientes de una terna de once vástagos. Su padre quedó en el pueblo acosado por los enfrentamientos políticos y sindicales que principiaban a insinuarse bajo el reinado de Alfonso XIII. María, que había desayunado un cacho de pan negro, echó las papillas en el golfo de Valencia. Tras desembarcar en el puerto barcelonés, la familia se aposentó en la calle Planeta, donde compartían patio con muchos otros paisanos antecesores de los picones en el difícil trance de la diáspora. Con quince años, María se pone a trabajar en una tienda de juguetes ganando una peseta diaria y conoce a un salado mozalbete llamado Pepe que la enamora y con el que se escapa. Todavía con acné juvenil, María se convierte en una recién casada y pare a su único hijo Ra-



María Yáñez, "La bella Dorita" cuando cumplió los cien años



Carmen Yáñez, la Bella Dorita, en los años treinta.

món, pero aborrece a su joven marido y escapa con el bebé refugiándose en una pensión de la calle Conde de Asalto, donde una compañera la introduce en el Cabaret *Royal*. El ingenio de la cuevana con la clientela no pasó desapercibido para el propietario del local y atisbando una figura en ciernes del espectáculo la llevaron a que el *Gordito*, un profesor de baile de la época, le puliera los movimientos de cadera, la caída de ojos y el cimbreo de la cintura. Debutó con un mantón de manila como sólo atuendo que se le resbaló por los hombros dejando al descubierto su figura de nácar, tal como Antonia la Piconera la trajo al mundo en la calle de Las Lisas. Y así nació la Bella Dorita. Bella por su perfil helénico y Dorita, por una amiga francesa llamada Dorée.

El territorio de María Yáñez, durante toda su vida, fue el mítico Paralelo, trufado de espectáculos, teatros y cafés, donde, en esas primeras décadas de siglo, era constante el aire de fiesta y verbena. Allí, la cuevana comenzó a esculpir con el cincel del trabajo

diario su raigambre de estrella. Fue alegría y gozo de hombres y mujeres humildes que con la ropa limpia saboreaban con deleite las tardes de domingo en el *Royal*, el *Pompeya*, el *Apolo*, el *condal*, el *Arnau* o el señorial *Molino*, primero en el escalafón. El ambiente de este barrio obrero se mezclaba con los vientos salobres del puerto y con el aroma a pino y tomillo de Montjuich. Dorita actuaba en el *Pompeya* cuando en 1920 estalló una bomba en el local que acabó con la vida del sindicalista Salvador Seguí.

En 1923, coincidiendo con el inicio de la dictadura de Primo de Ribera, Dorita ya es la principal figura del *music-hall Pompeya*, a pesar de que el General prohíbe canciones tan de moda como *La Pulga*. A su camerino se acercan militares como Sanjurjo, políticos como Company y futbolistas como el mítico Ricardo Zamora *el divino*, portero de la selección. Con la Guerra Civil la figura del empresario del espectáculo queda anulada y su lugar lo ocupan los comités revolucionarios. La CNT y la FAI dictaron unos reglamentos por los cuales resultaba que el portero del teatro, la taquillera que vendía las entradas, el acomodador y la señora que limpiaba los lavabos cobraban igual que el artista que salía al escenario. Por ello, Bella Dorita y otras cupletistas y cómicos fueron a la huelga y alegaron que, ante igual sueldo, que subieran también los porteros, acomodadores y cerilleros al escenario a vérselas con el público.

Tras la cruenta guerra civil, se recuperó en el Paralelo la diversión constante. El pueblo pasaba hambre con el racionamiento de los alimentos, pero las ganas de olvidar calamidades y bombardeos lanzaba a las gentes a la calle en busca de las picardías de la Bella Dorita y otros artistas. A la animación callejera del Paralelo contribuyó también la emigración procedente del sur, que encontraban en el descaro de la cuevana algo que les era muy familiar. María se las veía, antes de traspasar el dintel de los cabarets, con decenas de limpiabotas, cantantes callejeros auxiliados por bocinas, tenderetes de quincalleros llegados de Almería y charlatanes que tanto encandilaban a la Bella con su verborrea e inventiva.

Dorita solía compartir las tablas en esa época con artistas cómicos que actuaban de contrapunto y que hacían las delicias del público. Primero fue Mirko, al que sucedió Jhonson, un fantasista lleno de espontaneidad y Josep Santpere, el rey del vodevil. Mas tarde fue Escamillo, criado en la popular Barceloneta,

cuyo nombre se lo puso Mary Santpere, inspirado en el torero de Carmen de Bizet, a raíz de las capas que lucía en escena, y el gran Alady, el cómico más popular del Paralelo. Tras la guerra, las autoridades prohibieron a los transformistas, como se les llamaba a los travestíes, vestirse de mujer e incluso les obligaron a actuar con pareja femenina, copiando en el vestir al gran Miguel de Molina, que apedreado por homosexual huyó a la Argentina.

En 1951 tuvo la Bella Dorita un pasajero encuentro con la más ilustre de sus predecesoras en el género, Consuelo Portela *la Bella Chelito*, que viajó a Barcelona para despedirse de su público. Lo hizo desde las tablas del teatro Romea y el público acudió en masa, sobre todo las mujeres, por el morbo de ver qué tal se conservaba la artista que durante un cuarto de siglo iluminara los escenarios de variedades. Fue la ilusión de tres generaciones y la famosa creadora de *la Pulga*.

La artista llegó también a regentar más tarde un local, el célebre Bagdá, ya entronizada como una consolidada dama del espectáculo. Allí recibía las felicitaciones del público fumando en su larga pipa sin tragarse el humo y amparaba con su acostumbrada hospitalidad a paisanos que llegaban con lo puesto, tal fue el caso de un joven de Cuevas que con prontitud lo colocó de fotógrafo de sus vedettes.

Sobre las espaldas de María Yáñez recayó también el peso de sacar adelante a su familia y a una sobrina, María Salas, que quedó huérfana. Dorita dormía de día y trabajaba de noche, sin un sólo día de fiesta o de vacaciones. Su debilidad eran las joyas y las pieles que le regalaban infinidad de caballeros influyentes y adinerados que bebían los vientos por la cuevana. Un aragonés, que llegó a perder el juicio por su mirada, le regaló un palacete en la zona más rica de Barcelona. Dicen que en su época de máximo esplendor, por ella se mataron dos hombres en un duelo. Los palcos del Molino fueron testigos de lances y amoríos que Bella Dorita derivó siempre en su beneficio, con la complicidad de su amiga la empresaria Vicenta Fernández. Se casó tres veces pero siempre aclaró que ningún hombre la enamoró considerándolos más bien como sus mayordomos, excepto aquel Pepe de su pubertad, del que terminó huyendo.

Dorita aprendió pronto que el hombre lo que necesita es ilusión y lo llevó hasta las últimas consecuencias. Siempre parecía que en plena actuación la bata se iba a caer y nunca se caía. Con sólo enseñarles una uña se volvían locos, desde un payés hasta un duque. Periodistas de la época la compararon con



La Bella Dorita en los años 60, poco antes de dejar el espectáculo.

Mae West y la tildaron de Norma Desmond a la española. Toda Barcelona opinaba, para bien o para mal sobre la cuevana universal, sin ver que en ella la obscenidad se redimía con la gracia.

Su voz canallesca, a juicio de paisanos que la vieron actuar, y la inocencia con que decía las cosas más terribles para la época, se completaban con unos dones germinados en el sureste almeriense para el pícaro cuplé. Sus ocurrencias, cuando desde la platea se metían con ella grupos de soldados o marineros, eran rápidas y sus gestos henchidos de un humor delicioso, derrochando sal y pimienta. Casi toda Barcelona pasó por los locales donde actuaba, aunque después, hipócritamente, casi nadie lo reconociera, angustiados por una doble moral. Dorita, además, se reía de todo, de los complejos eróticos de la época, de las calenturas que se curan con duchas frías, del mismo Freud en persona. A través de inmortales canciones como *La romana caprichosa*, *La vaselina*, *El bereber*, *Fumar es un placer* o *La banana*. Como

los buenos vinos, Dorita ganaba en sabor año tras año, siempre con su cuerpo chiquito de 55 kilos.

Cuando la Bella Dorita llegó al Paralelo, muchas de sus compañeras eran chicas de servicio deshonradas por el señorito, sin otra alternativa en la vida que el Cabaret. Cuando lo dejó, cedió el relevo a unas vedettes modernas y liberadas, dispuestas a sacarle la *minga* a cualquier respondón del público, algo que María nunca aceptó, como ferviente seguidora de la escuela de la doble intención y de la insinuación a media voz. La cuevana debutó en 1918 y se retiró en 1966, cansada de la censura que interrumpía constantemente sus ensayos con Mary Santpere en el teatro Victoria. Con 65 años sobre su esqueleto parecía que no tuviera más de 40. Empezó cobrando 12 pesetas y terminó con un sueldo de 5.000 pesetas diarias de las de hace 35 años.

Cantó para la monarquía alfonsina y para las dictaduras de Primo de Ribera y de Franco. La época dorada de la Bella Dorita alcanzó su cenit entre 1940 y 1950. La cupletera cuevana, al igual que Manolete, ayudó al pueblo a olvidar una guerra en tiempos de estraperlo y de necesidad. La estrella exhibió sus picardías por salas como el *Rigalt*, *Novelty* y *Bataclan*, hasta asentarse en el Molino, su feudo más laureado. El renombre de María Yáñez queda patente por escritores como Ángel Zúñiga, Juan José Cadenas o Alvaro Retana que escribieron emotivas páginas de las actuaciones de la hermosa almeriense.

Hace cinco años, María Yáñez, con 96 años, hizo balance de su vida, con una voz bien timbrada en *Radio Sol*, la emisora de su pueblo. Habló de su artritis de vedette, que la tenía arrinconada en un sofá del que sólo se despegaba los domingos para comer junto a su gran amigo, el empresario Ricardo Adevol en el restaurante de la Pineda de Gavá. Habló de todas las joyas *buenas* y trajes de lentejuelas que tuvo que vender para sufragar su vejez y la de su familia. Dijo que ya no conocía a nadie de Cuevas, porque todos sus conocidos y familiares habían muerto y que aún se veía bonita delante del espejo. Habló de su sobrina María, a quien le contaba historias de Cuevas, de sus tres maridos, de su hijo Ramón ya fallecido. Del premio al Mérito Artístico recibido de manos del ayuntamiento de Barcelona y de la Medalla Centenaria de la Generalitat. Habló de la llantera que le entró cuando tuvo que abandonar su calle de las Lisas una mañana de 1913 y de que, por ella, nunca hubiera abandonado las calles de su pueblo, aunque hubiera perdida la posibilidad de ser La Bella Dorita.

Se fue sin hacer ruido, en el ecuador de la mañana de 27 de junio de 2001, sentada en su butaca preferida de la residencia Virgen del Pilar. Tras desayunar café con leche y pintarse los ojos y las mejillas, expiró para siempre María Yáñez *la picon*, la cuevana más aclamada y que más suspiros arrancó en el escenario durante cuatro décadas

